

Una realidad agobiante penetra por los abismos del alma

Existe un sin sentido, una corriente dinámica que nos arrastra en su arrolladora insensatez. En realidad la vida es, en el caso que nos ocupa, una desdicha, una difícil tragedia que debemos interpretar como actores ridículamente vestidos; los hombres subimos a un esperpéntico escenario en el cual representamos el gran simulacro del vivir, pero ignoramos siempre el único sentido posible de la existencia: la mentira; la difícil tarea de nuestra representación. “Nuestra misión es realizar la mentira que encarnamos, lograr no ser más que una ilusión agotada”¹.

La vida es una de las verdades menos desenmascaradas; Cioran, temerosamente vivo, se observa desde donde el Sol muere al ser tragado por el mar, donde lo claro y lo oscuro rompen en el cielo, se observa desde el ruido del dolor cuando arrastra al hombre al margen de la existencia, allí mismo en su concebir la existencia como una tara, en ese lugar se encuentra la magia de su decepción. La obligatoriedad de la vida² es una impostura, una capa tras otra de sufrimiento que nos revela el

carácter ficticio de la existencia y, a pesar de todo, continuamos existiendo, la muerte es lo que da sentido a la vida, lo que la perpetúa y lo que impide que nos lancemos al suicidio: debemos estar en ella para reírnos de ella: “Desembarazarse de la vida es privarse de la satisfacción de reírse de ella, única respuesta posible a quienes nos anuncian su intención de suprimirse”³.

Comprender la vida, si cabe la posibilidad de que ésta sea inteligible, requeriría aprender a vivir entendiendo el sufrimiento como una fuerza real; “el sufrir humanamente” de Zambrano es la fuerza que empuja a la vida por las laderas del hombre. Un hombre constituido por cuerpo y alma, un cuerpo que le somete, que le esclaviza, un alma que le concede el sufrir. Estamos hablando de un ser eminentemente biológico⁴ y sufriente. “Toda experiencia profunda se formula en términos de fisiología. Existe una relación profunda entre las deficiencias de nuestra sangre y nuestro extrañamiento en el tiempo”⁵.

Cuando sufrimos el mundo exterior comienza a existir, en cuanto sufrimos dema-

¹ Cioran, E. M., *Ese maldito yo*, Barcelona, Tusquets, 2000, p. 54.

² La impostura de la vida es percibida con horror por Cioran. ¿Cómo vivir? ¿Qué hacer para habitar en la vida? ¿Tiempo-vacío-angustia? ¿Cómo manejamos estos términos? ¿Cómo era la vida de los grandes hombres? ¿Qué hacía Sócrates a las dos de la tarde? (vid. *Silogismos de la amargura: el estafador de abismos*)

³ Cioran, E. M., o.c., p.73.

⁴ Es relevante la importancia de la fisiología para comprender la obra de Cioran. El hombre es un ser estructuralmente biológico, encontramos la limitación del cuerpo y la exaltación de los órganos, referencias que él sólo encuentra en la poesía de Baudelaire y en la filosofía de Nietzsche; en este sentido también Zambrano recupera este organicismo y está mística de las entrañas.

⁵ Cioran, *Silogismos de la amargura: tiempo y anemia*, Occidente, 1997, p. 47.

siado el mundo exterior desaparece, pero en cualquiera de los dos casos el dolor suscita el mundo exterior únicamente para desenmascarar su irrealidad, la cual no deja de ser irrenunciable. Estamos probablemente condenados a vivir lo irreal en contra de lo que se ha postulado como real, a experimentar lo verdadero en detrimento de lo falso; en un mundo de blancos y negros Cioran pinta de amarillos el dolor⁶. “Pues al principio era el delirio, el delirio visionario del caos y de la ciega noche. La realidad agobia y no se sabe su nombre”⁷.

Disponemos de una filosofía anclada en el terror y la gracia, en la nostalgia de un paraíso perdido, que manifiestamente no ha existido nunca en una historia ni prehistoria del hombre, sino que yace en su concreción humana⁸.

Razones que reducen la cualidad a lo mensurable y que están dirigidas a anular todo abismo, estas razones han alimentado durante mucho tiempo nuestros sistemas filosóficos, han configurado nuestra cosmovisión, han definido nuestra vida y nos han evocado la melancolía de occidente, su último sobresalto. “En vano busca occidente una forma de agonía digna de su pasado”⁹.

Cioran rescata la figura de Don Quijote de esta realidad que le provoca asma, y lo rescata por su representación de juventud, por poseer la lucidez de inventarse acontecimientos en un mundo de patologías sintomáticas, en

medio de un occidente sin futuro, podríamos pensar un mundo al servicio de nuestra tristeza: “Ningún pensamiento es más corrosivo ni más tranquilizador que el pensamiento de la muerte. Si lo rumiamos hasta el punto de no poder prescindir de él es sin duda a causa de esa doble cualidad. Qué suerte encontrar dentro de un mismo instante un veneno y un remedio, una revelación que nos mata y que nos hace vivir, un tóxico fortificante”¹⁰.

Regresar al origen...

“Remontar hasta el cero soberano de donde procede el cero subalterno que nos constituye”¹¹.

Regresar a la razón oculta, pre-natal, anterior a todo estatuto lingüístico del hombre. Y si para Cioran de un sistema sólo sobreviven las verdades nocivas, y esto constituye verdad, para Zambrano la filosofía jamás ha penetrado en el infierno: ésta es su gran limitación y también algo así como su castidad: “no le está permitida la elusión del infierno a quien pretende explorar la vida humana”¹²; quien quiere conocer la vida en nombre de la vida está obligado a explorar la totalidad de la vida, a no retroceder ante nada, nos dirá Zambrano.

“Transformar el mundo no es otra cosa que modificar eso último para lo que no tenemos nombre, la inserción del hombre en el universo, la situación con referencia a todas las especies de la realidad, de lo que es y de lo que no es”¹³ Y la filosofía tendría que haber con-

⁶ El color con el que Kandinski pinta la vida es amarillo; se trata de un color que le duele a Cioran, que le hace daño en los ojos; es el color que expresa una ficción con intensidad propia -sufrimiento parecido al de Zambrano en su padecer la vida al ser vivida humanamente.

⁷ María Zambrano, *El hombre y lo divino*, Madrid, Siruela, 1992, p. 31.

⁸ La realidad es necesariamente una falsificación. De este modo la razón filosófica que trata de construir realidad está constituyendo una peregrinación hacia la falsificación, contrariamente, pretender destruir la realidad mediante la razón sería, en este caso, una destrucción de la falsificación, que es el conjunto de las ideas que uno tiene, que su tribu tiene (vid. de A. García Calvo, “Heráclito, en la razón común” en *Manía. Revista de pensamiento*, nº 7)

⁹ Cioran, E. M., *Silogismos de la amargura*, ed. cit., p. 59

¹⁰ Cioran, E. M., *Ese maldito yo*, ed. cit., p. 117.

¹¹ O.c., p. 118.

¹² María Zambrano, *El hombre y lo divino*, ed. cit., p. 164.

¹³ O.c., p. 183.

quistado esa simplicidad que la acercase a la luz original, tendría que haber sabido no convertir su claridad en estructura, virtud que Zambrano sólo ha encontrado en Nietzsche y en Kierkegaard.

La claridad de conciencia nos ayuda a vislumbrar el horizonte ficticio de la vida, es como una claridad rellena de intemporalidad; el hombre pide porque se encuentra en una condición de deficiencia con respecto a la vida y con respecto al tiempo. Existe un componente platónico en el pensamiento de Zambrano que radica en concebir un hombre que siente el no-ser dentro de sí porque ha vislumbrado la negación integradora: integración del no-ser en el ser. “El hombre se halla en algún lugar entre el ser y el no-ser entre dos ficciones”¹⁴.

La transformación del no-ser en horizonte nos exige situarnos en la negación como condición preconsciente: “la filosofía había convencido al hombre de tener un ser propio humano”, dice Cioran en *Delirio de superhombre*. Y ahora el hombre debe introducirse en la vida, en esa tragedia real de la marcha sobre la tierra, esa lucha y conflicto constante provocado por el proceso natural de deificación.

La ausencia de los dioses deja en el hombre la huella del vacío en su ser y la imagen poética de los dioses deriva en un espacio de soledad, en un espacio antipoético que dará lugar a la filosofía. Esta actitud filosófica adquiere voz, claridad y método; busca lo divino en lo sagrado y al hombre le adviene esa soledad propia de cuando se han perdido las imágenes y los fantasmas, su única esperanza de lucidez.

“Si el intelecto es vida, actualidad pura e impasibilidad, eso otro de la vida humana es lo con-

trario: pasividad, padecer en toda forma, sentir e instante que gota a gota pasa a sentir inapelablemente el transcurrir que es la vida, padecer sin tregua por el hecho simple de estar vivo, que no puede reducirse a razón. Sentir la multiplicidad, la discordancia, lo heterogéneo aún en sí mismo si es que hay sí mismo en este estrato de la vida, sentir que no se dice, estar condenado al silencio”¹⁵.

La última aparición de lo sagrado es para Zambrano la nada. Con ello entendemos que lo irreducible a lo humano, ese más allá que escapa al hombre y que ella ha denominado sagrado, se manifiesta fenomenológicamente como el vacío, y esto sucede en uno de sus últimos estadios de manifestación, puesto que en un estadio primario lo sagrado perteneció a los dioses, y a los hombres después. Lo que denominamos real es el espacio desconocido y misteriosamente originario que sacrificamos bajo nuestro fervor de existencia.

Lo sagrado es ese trágico a priori del hombre, “aspecto original de la tragedia que es vivir humanamente”¹⁶.

Parece ser, entonces, que existen dos realidades, la sagrada y la profana. La primera es una realidad incierta y contradictoria, múltiple y desconcertante. La segunda realidad es una lucha ya sabida, un a priori de lo trágico escatológicamente predeterminado¹⁷.

Desde los inicios de su existencia el hombre ha buscado la representación deificada de la realidad; no es extraño, pues, que esta búsqueda responda a una necesidad de justificación de nuestro padecer; el hombre debe pedir explicaciones por ese sufrimiento, por ese suplir el abismo que le define en su condición de humano. Un abismo que es la infinita distancia

¹⁴ Cioran, E. M., *Ese maldito yo*, ed. cit., p. 116.

¹⁵ María Zambrano, *El hombre y lo divino*, ed. cit., p. 185.

¹⁶ O.c., p. 30.

¹⁷ “A nadie se le va a ocurrir, salvo que esté muy comprometido, reprocharle a la razón, como este rato modestamente estamos intentando hacerlo, que destruya la realidad: esto sería muy perverso, muy terrible si no fuera porque la realidad es necesariamente una falsificación” (vid. al respecto de A. García Calvo, “Heráclito, en la razón común”, ed. cit.)

que lo separa con respecto a lo sagrado: ese vacío que el hombre arrastra desde que es hombre, ese destino trágico que padece Cioran.

La experiencia de fatalidad como conciencia de las ficciones a las que nos somete-

mos en nuestra realidad-vida escenifica el lugar de lo sagrado, el vacío pre-natal del hombre en su condición pre-lingüística alberga el dolor que produce la anomalía de vivir.

Ángeles Mauriño

Hay ocasiones en las que de nada sirven las palabras, 1999

